

VISIONES DE SARMIENTO



MIGUEL ÁNGEL DE MARCO
JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ
(EDITORES)



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
DEPARTAMENTO DE LETRAS

Visiones de Sarmiento

Miguel Ángel De Marco
Javier Roberto González
(Editores)



Pontificia Universidad Católica Argentina
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia
Departamento de Letras

Índice

Nota

Palabras liminares

NÉSTOR A. CORONA. Visiones sobre Sarmiento.....	15
JOSÉ LUIS GIOJA. Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Una visión política	19

Sarmiento hombre público

EDUARDO MARTIRÉ. Sarmiento político	27
MIGUEL ÁNGEL DE MARCO. Sarmiento y el Congreso	33
MARGARITA FERRÁ DE BARTOL. Sarmiento gobernador	41
MARÍA FERNANDA DE LA ROSA. La inmigración en el pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento	57

Sarmiento escritor y pedagogo

PEDRO LUIS BARCIA. Actualidad de las ideas pedagógicas de Sarmiento	67
MARÍA AMELIA ARANCET RUDA. Sarmiento poeta	75
JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ. El arte narrativo de Sarmiento.....	87

Sarmiento crítico literario, viajero y periodista

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA. Sarmiento, los “otros” y los códigos del relato de viajes	109
MARÍA ROSA LOJO. Sarmiento crítico literario y promotor de mujeres escritoras: su lectura de Eduarda Mansilla	121
JORGE CRUZ. Los periódicos de Sarmiento	133

La ciencia, la tecnología y las Fuerzas Armadas en la obra de Sarmiento

MARCELO MONTSERRAT. Sarmiento y las raíces de su política científica	143
ENRIQUE RODOLFO DICK. Sarmiento como impulsor de la profesionalización del Ejército Argentino	153
GUILLERMO ANDRÉS OYARZÁBAL. Sarmiento y la Marina de Guerra	161

Visiones sobre Sarmiento

NÉSTOR A. CORONA

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Católica Argentina

En un programa radial, un importante pensador francés, Paul Ricoeur, se refería a un cuadro de Rembrandt, en el que aparece Aristóteles, “el filósofo”, en el decir de la Edad Media, apoyando su mano sobre un busto de Homero, el creador literario decisivo para Occidente; además, en el pecho de Aristóteles, cuelga una medalla con la figura de Alejandro. En el análisis de este cuadro saca Ricoeur sus conclusiones acerca de las relaciones entre la creación literaria, el discurso conceptual de la filosofía y la política.

Pues bien, en el caso de nuestro Domingo Faustino Sarmiento tenemos también un “cuadro” histórico en el que se entrecruzan las tres tareas decisivas del espíritu: la creación literaria, el discurso conceptual en diversos registros y el especial pensamiento que adquiere su determinación final en la acción política. Pero en el caso de este sanjuanino debemos agregar una característica no menor de su estilo personal de desplegar su espíritu en las dimensiones mencionadas. Sarmiento fue un polemista aguerrido; pero también debemos agregar que su figura y su tarea, ya en su época y hasta en nuestros días, se hallaron y se hallan en medio de polémica.

A propósito precisamente de lo eventualmente polémico en el orden de la tarea de los historiadores, ruego a Ustedes que me permitan hacer una breve e incompleta reflexión en primer lugar filosófica acerca, precisamente, del conocimiento del pasado. Sobre Sarmiento mismo hablarán con autoridad los calificados expositores que he mencionado. Al final de esa reflexión, volveremos a la cuestión del carácter muchas veces polémico del proceder de los historiadores —algo bastante conocido entre nosotros—; aunque lo que se dirá, en verdad, afecta a todo pensamiento.

Ya los grandes fundadores del saber histórico moderno advirtieron que no se puede tener una comprensión adecuada de ningún hecho, personaje, o texto significativo del pasado si no se tiene en cuenta lo que ampliamente se puede llamar el “contexto” de los mismos. Y ese contexto no viene simplemente dado por la suma de hechos, personajes, autores y obras culturales que acompañan como marco al dato concreto que se intenta comprender. Más bien se trata de discernir —y esa sería la tarea principal, en orden a aquella comprensión— el *sentido* humano uno comprensible y axiológicamente activo, la orientación

que religa a todas aquellas figuras de lo humano y en el que las mismas bañan y del que las mismas toman su significación, y así son comprensibles propiamente para la mirada dirigida hacia el pasado.

La filosofía ha hecho su aporte para la precisión en la intelección de lo mencionado, y ha dado con ello un paso más, que aporta también para una justa valoración del conocimiento de lo histórico. Aquello uno religante de las figuras de lo humano ha recibido el nombre de “horizonte” y también de “mundo”. Pero no se trata sólo de una precisión terminológica. La reflexión filosófica ha advertido que eso que llama horizonte y mundo se halla siempre presente en todo cuanto en particular se muestra a nuestra comprensión; el mundo es siempre precomprendido —en principio implícitamente, de modo no tematizado— “antes” de la comprensión de cualquier cosa; en tal sentido afecta, cualifica a priori a toda comprensión particular, a todo cuanto se nos hace presente. Sin tal “antecedente” nada sería comprensible. Tal mundo, históricamente cambiante, es la condición de posibilidad de cualquier comprensión. Así, tal mundo u horizonte, tal cualidad una de lo que se nos aparece no es algo de lo que podamos despojarnos, en busca de una pretendida “objetividad”; más bien, el mundo es constitutivo de todo sujeto inteligente.

Si esto es así, cuando el historiador vuelve su mirada al pasado para, en primer lugar, como se dijo, hacerse cargo de su “contexto”, de su mundo, no podrá él mismo despojarse de su propio, otro mundo. El mundo del pasado que intente discernir, recurriendo a los más refinados procesos de investigación para reconstruirlo —apelando para ello a ciertas disciplinas específicas como apoyo—, estará siempre “contaminado” con las cualidades de su propio mundo de su presente. Esto resulta ser algo ineludible. Esto acontece antes de que el investigador se dé cuenta de ello; pero precisamente, es importante que, ya con la conciencia de ello, proceda entonces de manera no “inmadura” e inocentemente confiada: desde allí, tendrá el historiador la responsabilidad aún mayor de proceder con rigor en su tarea.

En la mirada vuelta al pasado acontece así lo que en filosofía se ha llamado una “fusión de horizontes”, un encuentro de mundos.

Ahora bien, parecería entonces que así, el pasado que se nos ha vuelto ya no totalmente transparente en su mismidad, no puede entregarnos los tesoros de su identidad. Parecería que el mismo saber histórico se ha vuelto algo que debe ser abandonado por imposible. Sin embargo no es así, o no es simplemente así. Más bien ahora adquiere el saber histórico su verdadera estatura, superando el relato de la mera facticidad cronológica.

En primer lugar, lo dicho puede hacernos caer en la cuenta de que el pasado es algo siempre “presente”, esto es, más precisamente, que el pasado nunca termina, que lo una vez acontecido no deja de segregar siempre nuevas

—no contradictorias— significaciones. Justamente, debido a la presencia, en el horizonte-mundo de comprensión, de una dimensión de mundo nueva —la propia del investigador, “fusionada” con el mundo del pasado— las figuras humanas y las obras humanas liberan significaciones nuevas o, más precisamente, nuevos aspectos de su significación, ocultos para sus contemporáneos. Así es: el pasado nunca termina, nunca es definitivamente pasado, nunca termina de hablarnos.

Claro que a esta altura se podría preguntar ¿para qué sirve el saber histórico si nunca alcanza la identidad propia de lo pasado como pasado? Pues bien, precisamente aquí, ante esta “dificultad”, se puede advertir el auténtico valor del saber histórico.

En las diversas, cambiantes cualificaciones de mundo se va manifestando, en las diversas obras y en los diversos hechos de los hombres, la interminable riqueza de significación de lo que somos, de lo que el hombre es. El historiador con su tarea, en la manera indicada, precisamente, transita un determinado y decisivo tramo en la amplia tarea de hacernos saber, a nosotros mismos, quiénes somos. Si no se trata de esto, del hombre, en el saber de la historia —y en definitiva en cualquier saber, que ha de contar con la historia— ¿de qué se trata entonces?

La verdad del hombre, y del todo de lo que es y en lo que él es, es histórica. Dicho más precisamente: la verdad de la historia es la historia de la verdad, esto es, el progresivo desocultamiento de las determinaciones de aquello que es el hombre, desocultamiento que, por cierto, no se da sin aquellos que se empeñan en el saber. No producimos la verdad; ella acontece, nos acontece históricamente. En nuestro saber acerca de nosotros mismos —en el que, como dijimos, ocupa un lugar decisivo el saber histórico— somos hijos de la historia; historia que, como se adelantara, no ha de ocurrirnos sin percatarnos de sus cambiantes mundos constitutivos. En el proceder del saber histórico —y en el de todos los saberes— ha de prevalecer, así, la “conciencia de la eficacia de la historia”: la historia está en nuestra conciencia, en nuestra intimidad cognoscitiva; y esta intimidad cognoscitiva ha de ser consciente de ello.

Volvamos ahora a nuestra preocupación inicial por la polémica.

Según todo lo que hemos venido diciendo, antes de que comencemos a hablar de los acontecimientos singulares del pasado, ya ha acontecido un encuentro, un diálogo entre mundos —el del pasado y el nuestro—. Es en el seno de tal diálogo donde pueden recién darse nuestros actuales intercambios de palabras, nuestras conversaciones acerca de tal o cual hecho o personaje de nuestro pasado. La polémica, la lucha entre posiciones, que sólo se tocan para rechazarse, es entonces algo en cierto modo “contra natura”, ya que se da en

discontinuidad con el diálogo, el encuentro mayor que lo posibilita y que allí se continúa en singular, “por debajo” de la superficie donde se da la lucha.

Quizás sea ese originario, inevitable y fecundo encuentro de horizontes históricos lo que a la larga se va imponiendo, como se puede advertir en el lento desaparecer, “con el tiempo”, de los antagonismos. Pero cuando ello acontece, sí con el tiempo, pero con la plena conciencia, con la lucidez de los que hablan, se está ante la madurez humana. Según todo lo dicho, se llega en plenitud a esa madurez, en los hombres en singular y en los países, cuando se advierte lo que hemos llamado, con un autor contemporáneo, la “conciencia de la eficacia de la historia”.

Esa madurez debe tener su puesto de avanzada en una universidad. De allí que podamos celebrar que en nuestra Facultad, sin pasiones antagónicas, en diálogo fraterno, se vuelva la mirada a un grande de nuestro pasado, Sarmiento, superando su carácter polémico y toda polémica con respecto a él y su obra.

La siempre polémica y descollante figura de Domingo Faustino Sarmiento reclama en nuestro tiempo un abordaje histórico-cultural que logre evitar tanto el fácil y acrítico panegírico cuanto la diatriba sesgada y tributaria de infundados lugares comunes. El presente volumen, *Visiones de Sarmiento*, propone desde su título un temple a la vez descriptivo y analítico, convenientemente plural, para que bajo él se cobijen con ecuánime abrigo la lícita y justa admiración por la persona y la labor del gran estadista, pensador y escritor y también la ponderación inevitablemente crítica que toda práctica histórica arroja sobre las figuras del pasado, aun las más eminentes, y las circunstancias que condicionaron su modo de pensar y de actuar.

ISBN 978-950-44-0082-0



9 789504 400820